

# Una vía para la insubordinación

Linda Lê<sup>1</sup>

Felisberto Hernández no desentonaría en una antología del desbarajuste en la que figurara Juan Rodolfo Wilcock. El lector que se sumerge en su prosa sinuosa es atrapado de inmediato por una espiral en la que las circunvoluciones de la metáfora dibujan un espacio dedicado a los ritos de pasaje: lo real sufre una deformación y lo extraño emprende su vuelo. Hernández, el cismático, socava la ortodoxia literaria al trenzar con los hilos del humor manojos de historias que disimulan, bajo una aparente levedad, un fondo subversivo. Reunía la fineza de un melodista componiendo un encabritado *capriccio*, las asperezas de un ubicuista destacado en todos los registros y el ingenio necesario para atar con cinta y moña una bomba.

La música ocupa un lugar especial en sus textos. Fue pianista y para ganarse el pan tuvo que animar con músicas trepidantes películas mudas proyectadas ante un público disipado, multiplicar recitales en Montevideo, su ciudad natal, o en otros lados, con muy relativo éxito y ante una raleada platea, o incluso, como nos lo cuenta en “El comedor oscuro”, ponerse al servicio de lloronas un tanto marchitas que suspiran, esperanzadas con una vuelta al redil del amante melómano, deseosas de aliviar sus viudeces con sonatinas. Andaba atrás de contratos artísticos, se allanaba al buen

---

1. Linda Lê (Saigón 1963) vive actualmente en París. Escritora desde muy joven cuenta con una obra vasta y de calidad: *Les Trois Parques* (1997, premio Fénéon), *Lettre morte* (1999), *Personne* (2003), *Le complexe de Caliban* (2005), *Cronos* (2010, premio Weppler), *A l'enfant que je n'aurai pas* (2011, premio Renaudot poche), *Lame de Fond* (2012, finalista premio Goncourt), entre otras publicaciones. Asimismo, como Joaquín Torres García su revista *Cercle et Carré* (1929-30), Lê publicará en la parisina y tradicionalmente vanguardista editorial en poesía y bellas artes Jean-Michel Place su *Marina Tsvetaïeva, ça va la vie?* (2002). Voraz y selectiva lectora, sus visitas a obras y autores que, de un modo u otro, han sido y son presencia fuerte en su vida y su praxis de escritora han sido recogidas en volumen. El ensayo sobre Hernández integra el baudelairianamente titulado *Au fond de l'inconnu pour trouver du nouveau*. Lê reconoce su interés en las escrituras signadas por una fragmentariedad de la que propone un sugerente abordaje: “El fragmento [...] es un diálogo siempre recomenzado con la pluralidad latente en cada uno” (2009, p. 23). La entrevista se realizó por vía electrónica en diciembre 2015 para su publicación en el presente número de *Lo que los archivos cuentan*. Traducción, notas y entrevista a cargo de Beatriz Vegh. Correo electrónico: beavegh1@gmail.com.

parecer de los organizadores, se hospedaba en hoteles de mala muerte y esa vida a marcha forzada se nos cuenta con todo detalle, incluidos los numerosos encuentros que eran el abrevadero donde saciaba su sed de lo desconocido. Ya en su adolescencia, vituperando la educación impartida por improvisados maestros había declarado: “yo no puedo aprender, tengo que crear”. El autodidacta toma lecciones de armonía con un virtuoso venido a menos, el francés Clemente Colling. El joven Felisberto Hernández mostró rápidamente su destreza en la ejecución de las baladas de Chopin y su capacidad de reproducir, una y otra vez, en un solo, el fraseo de sus impulsos: “Si alguna vez fui llamado o hice un movimiento instintivo hacia otra persona cuando el misterio de ella me hacía alguna seña y esa seña era desconocida por la misma persona, yo me sentía tentado a seguir una pista como escondiéndome entre árboles; y sintiendo con ternura lo pequeños que seríamos bajo tan inmensos árboles”.

Los *impromptus* de Felisberto Hernández son botellas al mar que parecen encerrar la esencia misma de su pensamiento divagante. Hacen oír la voz de la infancia: la redondez de una pelota despierta la nostalgia del seno materno. El hastío da alas a quien baraja constantemente los naipes de ayer para escapar a la cuchilla de las hermanas hilanderas: “El esfuerzo que haga por tomar los recuerdos y lanzarlos al futuro, será como algo que me mantenga en el aire mientras la muerte pase por la tierra”. De esos viajes fuera del tiempo trae botines que son tesoros de ingeniosidad. Escribe como un improvisador modela una masa sonora maleable y logra felices ocurrencias en la armazón de sus relatos, tan desatinados como las primeras películas de Otar Iosseliani: los detalles, nunca anodinos, revisten un aspecto majestuoso, los personajes se sustraen al dominio de su creador, el mundo se vuelve un cuento de hadas diabólico cuyo rizoma es la extravagancia. Italo Calvino ha dicho su admiración por esos *sabbats* animistas, donde los objetos cobran vida como seres humanos.

Experto en el arte de desconcertar, Felisberto Hernández entrechoca imágenes disímiles con la calma de quien monta una cábala contra los obtusos irredimibles de siempre. Si consiente en confesiones, será para pintar un personaje inverosímil al que todo se le escapa, incluso su cuerpo: “Yo nunca tuve mucha confianza con mi cuerpo; ni siquiera mucho conocimiento de él. Mantenía con él algunas relaciones que tan pronto eran claras u oscuras; pero siempre con intermitencias que se manifestaban en largos olvidos o en atenciones súbitas. Lo conocían más los de mi familia. En casa lo habían criado como a un animalito, le tenían cariño y lo trataban con solicitud. Y cuando yo emprendía un viaje me encargaban que lo cuidara. Al principio yo iba con él como con un inocente y me era

desagradable tener que hacerme responsable de su cuidado. Pero pronto me distraía y era feliz”.

Es por discrepar con ese “sinvergüenza”, con su cuerpo bullendo de impaciencia, cómplice de su cabeza, también ella viviendo su vida independiente, almacenando pensamientos ajenos y entendiéndose con el primer llegado, que el yo relator toma su revancha componiendo *ballets* surrealistas donde basta con un detalle para hacernos perder pie: un personaje se distingue por una luz mefistofélica que irradia de sus ojos; una muchacha, enclaustrada en su casa, tiene por único amigo el balcón de su apartamento, hasta el día en que el balcón se viene abajo y la convierte en su viuda. A un poeta que aborda a una señorita diciéndole: “-Adivino en usted un personaje solitario que se conformaría con la amistad de un árbol”, se le responde: “-No crea; a un árbol no podría invitarlo a pasear”. Una mueblería, *El canario*, ensaya un procedimiento publicitario: a los pasajeros de un tranvía se les inyecta en el organismo un líquido que tiene por efecto hacer sonar el reclame, de un modo tan estridente como la salmodia de un pajarito, dentro de la propia cabeza de los cobayos. “Las Hortensias”, del relato epónimo, son muñecas –parecidas a las figuras desarticuladas de Hans Bellmer– que colecciona un tal Horacio, Menecmas y rivales de su esposa, “seres hipnotizados cumpliendo misiones desconocidas o prestándose a designios malvados”. Igual que en *El hombre de las muñecas* de Jean-Louis Renaud, homenaje a Hoffmann, las Olimpias de Felisberto Hernández están destinadas a un fin trágico. Pero en esas zarabandas mentales, según la expresión de Italo Calvino, no se nos dice que la coda esté dada por el animal pensante.

Hernández el malabarista de palabras pretendía tomar la pluma solo para acariciar más y mejor su vanidad: “Ahora no hay que pensar, que porque la vanidad es inmortal, no la siga persiguiendo: yo también seguiré siendo presumido; ni hay que pensar que esta franqueza mía es encomiable: por vanidad, al escribir un libro, podemos llegar a ser hasta impúdica y cínicamente francos, con tal de ganar la gloria de una buena observación. Claro que diré que escribir es una necesidad fatal: Si es fatal, tantas veces, el placer del alcohol o cualquier alcaloide, siendo elementos venidos del exterior, ¿cómo no va a ser fatal el placer de la vanidad, cuya materia prima la extraemos de nuestras entrañas?”. Para saciar este deseo invencible, hace cenizas todo balizado y, en contrapartida, consagra nuevas correspondencias, a modo de pasarelas hacia un mundo descabellado, enhebrando metáforas, pequeñas máquinas de crear velocidad: “La metáfora es un vehiculo de alquiler, burgués, cómodo, confortable, va a muchos lados, pero antes tenemos que decirle al conductor dónde vamos y concretar el sitio; si le digo que quiero ir a lo incognoscible sabe dónde llevarme: al manicomio”.

Decía no preocuparse, al borrar sus páginas, por dirigirse a un puerto o transmitir un mensaje, pero sus textos, caldo de cultivo donde se muestran juntos y esplendentes la vesania y el eléboro, ponen los jalones necesarios para sanear los hábitos de pensamiento y abren la vía a la insubordinación.



Cubierta y texto de contracubierta del libro de Linda Lê que incluye el estudio sobre la obra de Felisberto Hernández aquí traducido, anotado y comentado.